

LA IMPORTANCIA DE PRESERVAR EL RITUAL DEL ADIÓS

Por Úrsula Stockder
Mayo del 2020



Flaming June, by Frederic Lord Leighton (1830- 1896).jpg

Este 2020 nos ha confrontado, llenado de preocupación, de incertidumbre, sin importar estrato social, procedencia, educación o raza. Todos, absolutamente todos, hemos tenido

que enfrentarnos a procesos relacionados a la vida y la muerte en los que nos cuestionamos ¿porqué? o ¿con qué fin? se ha presentado esta pandemia, o ¿qué es lo que tenemos que aprender? o ¿cual será el beneficio final de este aislamiento?

Niños, jóvenes, adultos, personas de la tercera edad, absolutamente todos de una u otra forma hemos tenido que adaptarnos a un diario vivir lleno de cuestionamientos y confusión. A los niños ya no se les permite jugar con sus amiguitos, socializar en sus escuelas, se han tenido que acostumbrar al famoso “home schooling” pasar largas horas frente al computador para recibir sus lecciones del día de manera virtual, se les ha aislado de la sana convivencia con niños de su misma edad y también de la así llamada generación de la tercera edad. No vayan a resultar portadores del famoso COVID y ocasionar daños irreparables.

¿Pero cuales serán las consecuencias reales de este distanciamiento impuesto por el miedo y el temor a la vida? Un distanciamiento que a final de cuentas se está fomentando debido a una necesidad circunstancial, una sociedad enfocada hacia la individualidad a pesar de tener que convivir día y noche únicamente con los más cercanos y que ha obligado la convivencia continua del pequeño núcleo familiar. Compartir un espacio hogareño de limitado tamaño durante 24hrs en donde uno y otro y otro día resultan como una secuencia infinita de sábados en donde los días de la semana no se diferencian, corren en un tiempo irreal, totalmente intangible, como si estuviéramos en una película surrealista, en donde todos damos vueltas en un mismo círculo sin principio ni fin.

En uno, dos o tres años, cuando nos queramos ir atrás en el tiempo y recordar un día especial, un día específico del 2020, simplemente vamos a tener memoria de una secuencia de días sumergidos en una bruma. Una guerra silenciosa que nos llevó a un cuestionamiento continuo del sentido de nuestra alma, ese rumbo sin horizonte que nuestra mente consciente racional no puede entender.

Nuestra cotidianidad se ha convertido en un círculo repetitivo, tan repetitivo que hemos perdido el sentido real del ritual, el sentido de nuestra propia trascendencia, la importancia de dar un valor específico de introspección, transformación y transmutación a los rituales como lo son bautizos, bodas o rituales mortuorios, celebraciones en donde esperamos tener el apoyo o la aprobación de nuestros seres queridos.

Los rituales nos ayudan a conectar con nuestro centro, a no perder la noción del tiempo, pero también nos dan un lugar específico en un núcleo social. Los humanos somos animales sociales, de manada, nos identificamos a nosotros mismos a través de la pertenencia a un grupo, congregación o grupo social.

El COVID no únicamente es una pandemia generada por un virus, ha resultado ser una enfermedad que no solo enferma al cuerpo, también al alma, ha generado soledad, desesperanza, un aislamiento que nos ha ubicado como en un limbo, una irrealidad sin permitir que el aire o la interacción con otros ambientes sociales, alimentar nuestras

mentes con otras formas de pensar, de sentir o incluso con experiencias o visiones totalmente diferentes a las propias.

El día de mañana cuando alguien nos pregunte ¿qué te pasó en el 2020?, simplemente vamos a recordar cómo el tiempo corría sin prisa, en una monotonía persistente, en donde se hacían cosas, pero a final de cuentas uno había aprendido a vivir como suspendido en el aire por no saber cual era el siguiente paso por dar o cómo se iba a desarrollar la vida durante los próximos, días, meses o incluso años. Todos con la esperanza de que se desarrolle lo más pronto posible esa vacuna tan esperada, o ese mágico momento haya llegado en el que los seres humanos ya hayamos creado las suficientes defensas para sobrevivir, para volver a socializar como lo hacíamos antes del COVID.

Desde tiempos arcaicos, las culturas como la de Mesoamérica, Babilonia, Grecia, de la India, etc., todas ellas se han cuestionado los ciclos naturales de la vida; nacimiento, transición y muerte. No hay una sola que no se haya preguntado lo que nos espera en el más allá, en ese lugar incomprensible e intangible para nuestro sentido común que nuestra mente racional, con una inclinación a la búsqueda y comprobación científica, no acaba de entender. Todo este designio mayor de nuestros dioses, poder superior, o como lo queramos llamar, todo lo que implica que el sentido de la naturaleza tenga la última palabra, esta parte intangible, inimaginable que nos confronta ante el caos y el desorden, donde no hay límites ni fronteras que nos ayuden a delimitar nuestro espacio.

Los ciclos de la naturaleza están conformados por ciclos, la semilla germina, la plantita empieza a alimentarse de la luz y el calor del Sol, y mientras la tierra alimenta, el Sol ayuda en el proceso natural de maduración, ambos en un perfecto equilibrio entre el poder de la Madre Tierra y el sentido de la luz Solar, en un proceso natural en donde la tierra da vida, el sol ayuda a su transformación y la tierra vuelve a abrazar la falta de existencia.

Un animalito, cuando ha llegado su momento de morir, lo sabe y acepta que su existencia ha llegado a un fin, pero nuestra mente racional humana lucha y lucha por controlar cuando desgraciadamente en situaciones como estas nos damos cuenta de que no tenemos más remedio que rendirnos a un poder superior.

Hallamos vivido o no el deceso de un ser querido, el simple hecho de pensar en perder a alguien abruptamente debido a un mal que se ha esparcido a nivel mundial, nos llena de incertidumbre, miedo, angustia. Esta pandemia nos ha generado una inseguridad tal, que ha hecho que perdamos el sentido real de nuestra existencia. Que nos cuestionemos el motivo, del sentido de la búsqueda de nuestra alma. Esa parte de nosotros que no es comprensible con la mente consciente, con la parte racional y controladora del ser humano.

Desde tiempos remotos los ritos funerarios han tenido una significación muy particular. Este último paso, este último adiós de nuestros seres queridos, este último adiós que nos

desgarra el alma, pero también nos permite encontrar paz y consuelo en el apoyo y compasión de los que todavía comparten nuestra existencia. Estos ritos mortuorios tan importantes que no únicamente nos ayudan a poner a la muerte en un contexto de paso sino también nos confrontan con nuestra propia mortandad y la importancia de dejar una huella en este mundo. La importancia de vivir nuestras vidas lo más plenas posibles, crear una influencia en nuestros seres queridos y lograr que nuestros valores perduren entre los que dejamos atrás cuando el llamado de la muerte haya llegado.

Esta pandemia nos obliga a cuestionar el verdadero sentido de nuestra alma inmortal, para no dejar de existir en la mente y el corazón de los que son parte de nuestra trascendencia, de aquellos que siguen fomentando todos nuestros rituales, todas estas cosas que nos dan y daban sentido – todos estos rituales que hemos procurado y cuidado y que han llenado de sentido nuestras vidas como lo son los nacimientos, las bodas, ceremonias luctuosas, estas reuniones familiares que han sido parte de nuestro imaginario colectivo y que nos han dado un sentido de pertenencia. Todas estas celebraciones que nos recuerdan el pasar del tiempo y los procesos evolutivos por los que todos, invariablemente todos, tenemos que pasar.

Así cómo los bautizos y bodas tienen su significación específica en el imaginario colectivo, así son los ritos funerarios de los cuales nos hemos visto marginados debido a las circunstancias por las que estamos pasando. Nos sentimos suspendidos en esta necesidad de acompañar a nuestros seres queridos en el último pasaje entre la vida y la muerte donde se nos ha negado la posibilidad de ofrecerles, acompañar y despedir a nuestros muertos, a todos esos seres que llenaron de significado nuestro paso por la vida, todos los que nos enseñaron, que nos guiaron y nos mostraron partes de nosotros mismos. Pequeños o grandes, todos ellos maestros de nuestras vidas, todos ellos que siguen vivos en nuestros corazones, alimentándolo con sus enseñanzas e influencia.

Cada uno tenemos una herencia que recibimos de nuestros orígenes, una de ellas es el lenguaje o la forma en como nos relacionamos con las diferentes funciones psicológicas. Son como nuestra lengua materna, nuestra madre nos transmite no únicamente los valores y rituales sino también la forma en cómo nos expresamos. También nos enseña cual de las funciones psicológicas va a ser la predominante en nuestro comportamiento.

Estas cuatro funciones psicológicas están relacionadas con los 4 elementos del zodiaco y dependiendo de cuál sea nuestra función predominante en nuestra carta o a cuál elemento pertenezca nuestro signo solar van a estar dirigidos nuestros cuestionamientos durante esta cuarentena. Por otro lado, esta función también es la que nos va a permitir encontrar paz durante este tiempo de confusión e incertidumbre.

Las 4 funciones psicológicas representadas por los 4 elementos van a estar representados por 3 signos cada uno y son los siguientes:

- La Intuición – Fuego: Aries, Leo y Sagitario

- La Sensación - Tierra: Tauro, Virgo y Capricornio
- El Pensamiento - Aire: Géminis, Libra y Acuario
- El Sentimiento - Agua: Cáncer, Escorpión y Piscis

FUEGO: al igual que una llama, los signos que pertenecen a este elemento, suelen ser libres y siempre buscan algo nuevo que les de una visión única, diferente, son los líderes del zodiaco, buscadores impacientes con poca tolerancia a la frustración. Durante esta cuarentena tienen que enfocar su atención a una nueva visión, encontrar un sentido para ellos y para sus seguidores. Cuando el fuego tiene una inspiración de vida, puede estar largas horas en introspección y en una búsqueda constante de su ser. Puede no solo depender de sus viajes exteriores sino también enriquecerse a través de los interiores.

TIERRA: los pertenecientes a los signos de Tierra, buscan la contención, estabilidad, seguridad y belleza. Para los pertenecientes a este elemento es muy importante cuidar de la salud y armonía de ellos mismos y de las personas que cohabitan con ellos. Durante esta cuarentena, deben de mantener la calma para poder generar la armonía necesaria de su entorno sin caer en la exagerada angustia y falta de control. Cuando la tierra busca armonía y encuentra el lugar en su vida donde explorar su creatividad, va a entrar en un contacto profundo con la belleza de su vida.

AIRE: los Signos de Aire tienden a tener una mente rápida y siempre van a estar analizando los pros y los contras de cualquier situación, pero llegan a tantas conjeturas y suelen crear tantos castillos en el aire que corren el riesgo de perder el sentido de realidad en estos momentos de confusión. La comunicación es un factor muy importante como también es el saber escuchar, tratar de entender las diferentes inclinaciones de las personas cercanas a ellos y tratar de dar el consejo apropiado a cada uno. Cuando el aire entiende sus procesos mentales y logra expresarlos, logra comunicar sus ideas y darles un sentido objetivo y las puertas del mundo se les abren.

AGUA: los signos de Agua son los sensibles del zodiaco, siempre van a buscar un contacto emocional, lleno de significado. Tienden a ser empáticos, pero en ocasiones se desorientan en el mundo de las emociones y les cuesta trabajo ser objetivos y corren el riesgo de perderse en la profundidad del agua. Pero cuando estos signos, entienden las motivaciones del agua, de sus sentimientos y logran ubicarlas en su debida dimensión, entonces, en ese momento entienden la importancia de ser y estar.

